Prioridad Educativa
Barbi

El momento de la verdad llegaba para la escuela donde Martín Cabrera daba clases, entraba todos los días a trabajar a las siete de la mañana, sin embargo, dada su responsabilidad llegaba media hora antes al colegio y se encargaba diariamente sin complicaciones ni pedimentos extra para él a sus superiores, de abrir las puertas de los salones donde al comenzar el día se impartirían las clases hasta que la campañilla de salida sonase y todos los alumnos salieran felices, rumbo a sus respectivas vidas afuera del aula. Venía desde el sur de la ciudad y nos encontramos al norte, muy cerca de la salida de la ciudad, en el último punto más o menos estable. Para llegar a dar clases, debía atravesar la ciudad casi por completo, sólo habían unos cuantos kilómetros para romper ésta barrera, sin embargo, a pesar de ello, la propia necesidad que tenía de trabajar arduamente para sostener el país, el mundo, enviando personas más capaces y pensantes por sí mismas, hacía que venir desde tan lejos, además llegar antes que nadie y la simple carga de sus obligaciones personales, valiese la pena. Al profesor le llenaba de regocijo saber que su causa y sus acciones eran, no más ni menos que las correctas. Estaba a punto de jubilarse, si acaso faltarían dos o tres años más de constante labor para poder decir con orgullo, Terminé.

Había en todo ello, ciertas cuestiones elementales que nunca terminaron de convencer al maestro de ciencias, una de ellas sería la discriminación dentro de la escuela y otra mucho más grande todavía, la represión para no hablar de ciertas cosas en un ambiente que se supone debiera ser un sitio de expresión abierto, totalmente libre donde reinase la consciencia y la posición de la verdad fuere respetada de manera cotidiana, para ello, según decía, se había hecho profesor. Todos los años de su larga carrera poco después del inicio de ésta, Cabrera ha luchado de múltiples formas contra lo que considera él, los demonios del sistema dentro del plano escolar. Su tarea principal, más allá de implantar conocimientos previamente definidos por un conglomerado de expertos, era la de tratar de generar en su alumnado un mejoramiento del pensamiento, durante las clases, intentando

formalizar o estructurar un mecanismo científico diferente, que ayudase a comprender a los alumnos el tema que tocaría en la sesión tal del día cualquiera, tomando como referencia o bien inspiración el mundo alrededor, principalmente aquél que estaría fuera de las bardas de la escuela. Muchos alumnos se mostraban interesados en la clase de verdad, no por hacerle la barba al profesor creyendo que lo transformarían en barco, sino porque realmente llamaba su atención el detenimiento que daba a cada tema, el cual tocaba, pulía y cincelaba hasta que no fuera bien entendido. Martín tuvo varios problemas con la directiva de la institución en indeterminadas ocasiones, en las que principalmente, la falta del profesor era no entregar a tiempo las calificaciones de los alumnos, según como el plan educativo de trabajo lo estipulaba, todo por internarse tanto en los temas, que no paraba de repetir y repetir a cada uno de sus alumnos el asunto hasta que lo captara. Todo esto claramente, dando oportunidad a los demás de ponerse al corriente, estudiar para cuando el dichoso examen viniese. No había ninguna excusa de su parte cuando los regaños venían hasta el aula, simplemente decía, He logrado que todos los alumnos tengan notas superiores al ocho, y eso los más bajos, pues el cuarenta por ciento del salón, tiene una nota superior a nueve. Además, apliqué un solo examen incluyendo todos los temas y capítulos estudiados, y todos ellos han estado de maravilla, entonces ¿cuál es el problema?, Que retrasa nuestro trabajo. Póngase a pensar que no es usted el único profesor del mundo, mi querido Martín, Por eso mismo trato de hacer mi labor de la mejor manera, o qué ¿acaso a usted no le importan todos esos niños que están sentados ahí, esperando recibir algo bueno, que les agrade para interesarse cada vez más en los quehaceres obligatorios del mundo en que vivimos? ¿Acaso usted no tiene hijos? Entonces por qué les niega la oportunidad de aprender mejor cada caso, cada tema, cada cifra, cada concepto, cada coma, cada signo, es algo que no cabe en mi cabeza, usted me habla de entregar resultados y demás, bueno, he aquí el mejor de los resultados… No tengo conocimiento de las notas de los alumnos en otras materias, sin embargo en todos los grupos en que doy clase, mi materia es bien sorteada, bien aprendida y por muchos alumnos, bastante querida. Así que, por favor, déjeme seguir con mi trabajo, que el tiempo corre a prisa.

Los alumnos quedaban atónitos por el valor que tenía el profesor ante el director del colegio, siempre malhumorado, con una cara que dan ganas de volver por el camino hasta casa en vez de tener que cruzar la puerta a la hora de la entrada y verlo ahí parado con su mirada penetrante, que a todo compañero causaba intranquilidad. Tras cerrar la puerta, Cabrera volvía a su puesto y retomaba las riendas del caballo del conocimiento que montaba con soltura y elocuencia antes de ser molestado y detenida la sesión por el jefe. Bien se sabe que cuando se es joven, generalmente las personas suelen sentir la necesidad de revelar aquello que les gusta, así como destruir aquellas imposiciones que detengan o no permitan un correcto avance, por ende que la mayoría de los alumnos (incluso aquellos alumnos desinteresados por el estudio) estuvieren de acuerdo en apoyar al profesor en todas las ocasiones en que subieran a regañarlo por ayudarlos a ellos. El hecho de que fueren considerados *burros* por vario profesores, no les otorgaba el papel de insignificancia que las malas notas suelen anteponer en la mente de quien es juzgado con una de éstas. Martín Cabrera, el profesor, les recordaba cada día a sus alumnos la importancia de formarse un criterio propio que fuere excepcional, casi maestro. Que contuviese aquél grupo dentro del pensamiento, bases sólidas reales, fomentadas por buenas acciones y mejores pensamientos, o al revés, el hecho era recordar aquellas raíces las cuales se nos ha extirpado la mayor parte, desde nuestras cabezas y hasta nuestros pies, todo esto para actuar para bien, para con el mundo. Les recordaba también el valor que el conocimiento tiene, les hacía ver que no es simplemente un conjunto de conceptos o hasta aprendizajes, sino que cuenta con una profundidad mayor, el conocimiento es la base primera para poder comprender, aunque si bien, el conocimiento todavía no alcanza para entenderlo todo en el mundo de la más exacta forma, en algún momento de la historia debe pasar y si no, es ése el conocimiento a superar. Por ende que haya que trabajar arduamente, casi sin descansar, para retratar una huella profunda y valiosa en el asfalto, en las tierras y hasta en lo trémulo y calmo de las aguas recorridas, así al pasar el tiempo, luego de que nuestro momento aquí termine habrá valido la pena toda la lucha y todo el sacrificio hecho con mira en un bienestar común.

Así se vivía los días el profesor, entre regaños y represiones conseguía dar la cara a la adversidad y romper el esquema que ésta deja a su paso, lo cual, como ya sabemos le generaba más conflictos que sin dudas él soportaba no tan a gusto pero sin repelar o pedir a cambio mayores goces para él, y como encajando más el cuchillo en el cuerpo del profesor, la directiva de la escuela y la mayor parte de la asociación de maestros a la que pertenecía se mostraban en desacuerdo con él y en varias oportunidades tuvieron la insolencia de retrasarle los pagos correspondientes a su labor así como humillarlo frente a sus alumnos, aunque siempre existía un valiente entre las cabezas que levantaba la voz en defensa de su querido maestro o bien por el simple hecho de hacer desorden. Un martes del mes de mayo, mientras se daban clases de manera normal en el colegio al norte de la ciudad, tres horas antes de poder salir los alumnos a ser libres nuevamente, como ellos decían, el director y su secretaria irrumpieron abruptamente en el salón de clases, el primero levantando la voz hizo salir presurosamente al profesor, ordenándole incluso llevar consigo sus pertenencias. A pesar de la reticencia del profesor, salió al pasillo donde la secretaria parecía mirarlo con compasión. No dijo ni preguntó nada, simplemente se mantuvo atento a lo que le decían. Lo llevaron a prisa fuera de la escuela mientras los alumnos más alegres y descarriados del grupo olvidaron la autoridad del cuidador que mandaron al aula en espera del nuevo profesor suplente, salieron al pasillo por montones y gritaban rabiosamente: ¡Libérenlo! ¡Libérenlo! ¡Viva el profesor Martín! En cuanto los alumnos de otros grupos atendieron el relajo, no dudaron en asomarse a lo largo de los ventanales que daban al patio entre los dos edificios que significan los centros de propagación del conocimiento, vieron cómo se llevaban al profesor entre gritos y chiflidos que ya resonaban preocupantemente para los adultos, cual si fuere un preso que llevan al calabozo, o peor aún. Las pulsaciones en el pecho del profesor aumentaban a cada paso, tan sólo a un par de años y un poco más para jubilarse, para poder gozar con libertad de todo aquello por lo que arduamente, a lo largo de su carrera luchó, quería viajar, instruirse, conocer lo más que pudiera hasta que su carrera real hubiere de terminar. Lo llevaron al edificio del conglomerado de catedráticos con los que colaboraba y por su rebeldía se le hizo firmar una carta donde exigía abiertamente su renuncia final.